

» Yo mismo estaré allí á las diez en punto ; es decir, un cuarto de hora antes que ella. »

— De este modo, dijo, me desembarazaré de esa tontería de la presentación que me atormenta más que Voltaire, que Rousseau, y que todos los filósofos habidos y por haber. Con esto, el negocio se ventilará entre la pobre condesa, el Delfín y la Delfina. ¡No falta más! Que vayan recayendo los disgustos, los odios y las venganzas sobre los espíritus jóvenes que tienen fuerzas para luchar. Que aprendan los niños á sufrir, eso forma la juventud.

Y encantado de haber eludido de ese modo la dificultad, seguro de que ninguno podría echarle en cara el haber favorecido ó impedido la presentación que ocupaba á todo París, el rey entró en el coche y partió para Marly, en donde le aguardaba la corte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

XII

Madrina y Ahijada

La pobre condesa (conservémosle el epíteto que el rey la había dado, porque de seguro lo merecía bien en aquel momento) corría como una alma en pena por el camino de París.

Chon, aterrada como ella por el penúltimo párrafo de la carta de Juan, ocultaba en el retrete de Lucien-nes su dolor é inquietud, y maldecía la fatal idea que había tenido de recoger á Gilberto en el camino real.

Habiendo llegado al puente de Antín, sobre la cloaca que iba á dar al río y rodeaba á París desde el Sena á la Roquette, la condesa halló un coche que la estaba esperando.

En aquel coche se hallaba el vizconde Juan en compañía de un procurador, con quien parecía argumentar enérgicamente.

Así que Juan percibió á la condesa, dejó á su procurador, saltó del coche é hizo seña al cochero de su hermana de que parase.

— Pronto, condesa, dijo, pronto; sube á mi coche y corre á la calle de San Germán de los Prados.

— Parece que la vieja se burla de nosotros, dijo madama Dubarry, cambiando de coche, mientras que el procurador, advertido por una seña del vizconde, hacia lo mismo.

— Así lo creo, condesa, así lo creo, respondió Juan. Nos paga en la misma moneda.

— ¿ Pero qué es lo que ha pasado ?

— Voy á decírtelo en dos palabras. Me había quedado en París, porque yo siempre desconfío, y ya ves que no me falta razón. Dadas las nueve, me puse á rodar al rededor de la posada del Gallo Cantador. Nada observo, ningún manejo, ninguna visita ; todo iba á pedir de boca. Por consiguiente, creo que puedo entrar y dormir, y entro y duermo.

Esta mañana, al rayar el día, me despierto, despierto á Patricio, y le mando ir á ponerse de centinela junto al recantón.

Á las nueve, advierte que era una hora antes de la señalada, llego con el coche ; Patricio no ha visto ni oído nada, y subo la escalera bastante satisfecho.

Al llegar á la puerta, me detiene una criada, y me dice que la señora condesa no podrá salir en todo el día, y tal vez en una semana.

Confieso que, aunque preparado á cualquier desgracia, estaba lejos de pensar en esa.

— ¡ Cómo ! ¿ no saldrá ? exclamé. ¿ Pues qué tiene ?

— Está enferma.

— ¡ Enferma ? ¡ imposible ! Ayer tenía una brillante salud.

— Sí, señor ; pero la señora tiene la costumbre de hacerse su chocolate, y esta mañana, haciéndolo hervir lo derramó del hornillo sobre un pie y se quemó. Á los gritos de la señora condesa, acudí y la hallé á punto de desmayarse. La llevé á su cama, y creo que en este momento está durmiendo.

— Yo estaba pálido como tu encaje, condesa. Exclamé : ¡ Eso es una mentira !

— No, mi querido señor Dubarry, respondió una

voz tan acre que parecía penetrar los tabiques ; no, no es mentira, y estoy sufriendo horriblemente.

Lancéme hacia el punto de donde salía la voz, atravesé una puerta vidriera que no quería abrirse, y vi á la vieja condesa en cama.

— ¡ Ah, señora !... le dije.

Fueron las únicas palabras que pude proferir. Estaba rabioso, y con gusto la habría ahogado.

— Mirad, me dijo, ved la cafetera que ha hecho todo el mal.

Salté á pies juntos sobre la cafetera. Yo respondo que no volverá á hacer más chocolate.

— ¡ Qué azar ! continuó la vieja con su dolorida voz. Madama de Alogny será la que presente á vuestra señora hermana. ¿ Cómo ha de ser ? ¡ estaba escrito ! como dicen los orientales.

— ¡ Dios mío ! exclamó la condesa. Tú me haces desesperar, Juan.

— Pero yo no desespero, si te presentas á ella ; y por eso te mandé llamar.

— ¡ Y por qué no desesperas ?

— Porque tú puedes lo que yo no puedo : porque eres una mujer, y podrás hacer que levanten las vendas delante de ti, y, probada la impostura, podrás decir á madama de Bearn, que su hijo no será nunca más que un hidalgo pelón, que ella no recibirá nunca un ochavo de la herencia de los Saluces ; porque en fin, representarás las imprecaciones de Camila con mucha más propiedad que yo podría representar los furores de Orestes.

— ¡ Creo que se está divirtiendo ! exclamó la condesa.

— Como un perro con pulgas, créeme.

— ¿ Y en dónde vive nuestra sibila ?

— Ya lo sabes : en la posada del Gallo Cantador,

calle de San Germán de los Prados; es una casa negra con un enorme gallo pintado en una plancha de hierro. Cuando la plancha rechina, el gallo canta.

— Voy á tener una escena espantosa.

— Así lo opino. Pero también opino que es preciso aventurarse. ¿Quieres que te escolte?

— Guárdate bien de eso, porque lo echarías todo á perder.

— Ahora, para tu gobierno, oye lo que ha dicho nuestro procurador, á quien acabo de consultar: el dar de golpes á una persona en su casa, se castiga con multa y cárcel; el dárselos fuera.....

— Con nada, dijo la condesa á Juan. Eso lo sabes tú mejor que ninguno.

Juan se sonrió perrunamente.

— ¡Oh! dijo, las deudas que tardan en pagarse, devengan intereses, y si llego á encontrar á mi perillán.....

— No hablemos más que de mi mujer, vizconde.

— Nada más tengo que decirte; ¡ya estás en marcha!

Y Juan se retiró para dejar marchar el coche.

— ¿En dónde me aguardas?

— En la misma posada; pediré una botella de vino de España, y si necesitas auxilio, ya lo tendrás.

— ¡Marche usted, cochero! gritó la condesa.

— Calle de San Germán de los Prados, posada del Gallo Cantador, añadió el vizconde.

El coche partió impetuosamente en dirección de los Campos Eliseos.

Al cabo de un cuarto de hora, se paró delante de la calle Abacial y del mercado de Santa Margarita.

Allí, madama Dubarry echó pie á tierra, temiendo que el ruido del coche alarmase á la vieja astuta, que sin duda estaría en acecho, y para que, corriendo tras

alguna cortina, no percibiese á la visitante bastante á tiempo para librarse de ella.

Se sumió, más bien que no entró, por la anchurosa puerta de la posada, sin que nadie la viese, pero al pie de la escalera de madera se halló con el ama de la posada.

— ¿Madama de Bearn? preguntó.

— Madama de Bearn está muy enferma, y no puede recibir.

— ¡Enferma! Precisamente vengo á saber de ella, dijo la condesa.

Y ligera como un pájaro, se halló en lo alto de la escalera en menos de un segundo.

— ¡Señora, señora! gritó la posadera. ¡Que fuerzan la puerta!

— ¿Quién la fuerza? preguntó la vieja pleitista desde su cuarto.

— Yo, dijo la condesa presentándose de súbito en el umbral con una fisonomía muy adecuada al caso, porque se sonreía por urbanidad, y aparentaba á la vez pesar.

— ¡La señora condesa aquí! exclamó la pleitista pálida de espanto.

— Sí, querida señora, y vengo á probaros la parte que tomo en vuestra desgracia, de que acaban de hablarme en este instante. Os ruego que me digáis lo que os ha ocurrido.

— Pero no me atrevo, señora, á rogaros que os sentéis en este chiribitil.

— Bien sé que tenéis un palacio en Turena, y excuso la posada.

La condesa se sentó; madama de Bearn comprendió que se instalaba.

— ¿Parece que sufrís mucho, señora? preguntó madama Dubarry.

- Horriblemente.
- ¿En la pierna derecha? ¡Dios mío! ¿Cómo habéis hecho para quemaros en la pierna?
- Nada más sencillo; tenía de la cafetera, se me fué de la mano el mango, se escapó el agua hirviendo, y cayó en mi pie la cantidad de un vaso.
- ¡Es espantoso!
- La vieja exhaló un suspiro.
- ¡Oh! sí, es espantoso, dijo, pero ¿qué queréis? Las desgracias siempre vienen de tropel.
- ¿Sabéis que el rey os aguardaba esta mañana?
- Vos redobláis mi desesperación, señora.
- S. M. no está contento, señora, de no haber podido veros.
- Tengo la disculpa en mi mal, y pensaba presentar mis muy humildes excusas á S. M.
- No digo esto por causaros el menor pesar, añadío madama Dubarry viendo lo grave que se ponía la vieja, sino solamente para haceros comprender lo mucho que á S. M. agradaba ese paso y lo que lo agradecía.
- Señora, ya veis mi situación.
- Sin duda; pero ¿queréis que os diga una cosa?
- Decídlas, tendré á mucho honor escucharla.
- Es que, según todas las probabilidades, vuestro accidente proviene de una grande emoción que habéis sentido.
- ¡Oh! no digo que no, respondió la pleitista haciendo una reverencia solamente con su busto. Me ha conmovido mucho el honor que me habéis dispensado recibíendome con tanto agasajo en vuestra casa.
- Creo que aun ha habido otra cosa.
- ¿Otra cosa? que yo sepa, á fe mía que no, señora.
- ¡Oh! ¡sí tal! Un encuentro.....

- ¿Que yo he tenido?.....
- Sí, al salir de mi casa.
- No he encontrado á nadie, señora. Me hallaba en el coche de vuestro señor hermano.
- Antes de entrar en el coche.
- La pleitista pareció recapacitar.
- Al bajar las gradas exteriores.
- La pleitista fingió una atención mayor aún.
- Sí, continuó madama Dubarry con una sonrisa mezclada de impaciencia, al salir vos de mi casa entraba alguno en el patio.
- Señora, por más que pienso, no recuerdo.
- Una mujer... ¡Ah! ahora caéis!
- Soy tan corta de vista, señora, que dos pasos que estáis de mí no distingo nada. Así, podéis inferir.
- ¡Vamos, es fuerte; dijo en voz baja la condesa. Dejémonos de astucias, porque me derrotaría.
- ¡Y bien! supuesto que no habéis visto á aquella dama, continuó en voz alta, voy á deciros quién es.
- ¿La que entró cuando yo salía?
- La misma. Era mi cuñada la señorita Dubarry.
- ¡Ah! muy bien, señora! muy bien! Pero como yo no la había visto nunca.....
- Sí tal.
- ¿La he visto yo?
- Sí, y le habéis hablado.
- ¿A la señorita Dubarry?
- Sí, á la señorita Dubarry; sólo que en ese día se llamaba la señorita Flageot.
- ¡Ah! exclamó la vieja pleitista con una acritud que no pudo disimular. ¡Ah! ¡aquella supuesta señorita Flageot que fué á visitarme, y que me hizo viajar así, era vuestra señora cuñada?
- En persona, señora.
- ¿Que me había sido enviada?

— Por mí.

— ¿Para engañarme?

— No; para serviros, al paso que vos me serviríais á mí.

La vieja frunció sus espesas cejas canas.

— Creo que aquella visita no me será muy provechosa, dijo.

— ¿Habráis sido mal recibida por el señor de Maupeou, señora?

— ¡Agua bendita de corte!

— Me parece que he tenido el honor de ofreceros algo menos intangible que el agua bendita.

— ¡Señora, el hombre propone, y Dios dispone!

— Vamos, señora, hablemos seriamente, dijo la condesa.

— Ya os escucho.

— ¿Os habéis quemado en el pie?

— Ya lo veis.

— ¿Gravemente?

— Espantosamente.

— Á pesar de esa quemadura, sin duda dolorosa, pero que no puede ser de peligro, ¿no podríais hacer un esfuerzo, ir en coche hasta Luciennes y permanecer en pie un segundo en mi gabinete delante de S. M.?

— Imposible, señora; á la sola idea de levantarme, me siento desfallecer.

— Pero según eso os habéis hecho una herida terrible.

— Como decís, terrible.

— ¿Y quién os venda, quién os visita y asiste?

— Poseo, como todas las mujeres que han tenido casa, excelentes recetas para las quemaduras, y me he aplicado un bálsamo compuesto por mí.

— ¿Puede verse, sin indiscreción, ese específico?

— Está en ese tarro que está ahí sobre la mesa.

— ¡Hipócrita! murmuró la condesa. ¡Hasta tal punto ha llevado la ficción! Decididamente es muy fuerte, pero veamos el fin.

— Señora, dijo en alta voz la condesa, también yo tengo un aceite admirable para esa clase de accidentes; pero su aplicación depende mucho del género de la quemadura.

— ¿Cómo así?

— Hay la quemadura simple, la que levanta ampolla, y la desolladura. Yo no soy médico, pero no hay nadie que no se haya quemado más ó menos en su vida.

— Señora, es una desolladura, dijo la vieja.

— ¡Dios mío! ¡cuánto debéis sufrir! ¿Queréis que os aplique mi aceite?

— Con mucho gusto, ¿Lo habéis traído?

— No; pero enviaré á...

— ¡Mil gracias! ¡mil gracias!

— Solo que conviene que yo me asegure del grado de gravedad.

La vieja exclamó admirada:

— ¡Oh, no, señora! no quiero presentaros semejante espectáculo.

— ¡Bueno! pensó madama Dubarry. ¡La he cogido!

— No temáis eso, señora, dijo: estoy familiarizada con la vista de las heridas.

— ¡Oh, señora! conozco bastante bien lo que se debe á la decencia.

— Cuando se trata de socorrer á nuestro prójimo, olvidemos la decencia, señora.

Y alargó bruscamente la mano hacia la pierna que la condesa tenía tendida sobre un sillón.

La vieja lanzó un espantoso y dolorido grito, á

pesar de que madama Dubarry no la había apenas tocado.

— ¡ Oh, muy bien representado ! murmuró la condesa, que estudiaba todas las crispaciones del descompuesto rostro de madama de Bearn.

— ¡ Me estoy muriendo ! dijo la vieja. ¡ Qué miedo me habéis causado, señora !

Y, con las mejillas pálidas, los ojos amortiguados, se dejó caer como si fuese á desmayarse.

— ¡ Me permitís, señora ? continuó la favorita.

— Haced lo que queráis, dijo la vieja con apagada voz.

Madama Dubarry no perdió tiempo ; soltó el primer alfiler de los paños que rodeaban la pierna, y luego desenrolló con rapidez la venda.

Con gran sorpresa suya, la vieja la dejaba hacer.

— Aguarda que yo llegue al cabezal para gritar ; pero aunque tenga que ahogarla, he de ver su pierna, murmuró la favorita.

Y continuó su operación.

Madama de Bearn gemía, pero no se oponía á nada.

Se levantó el cabezal, y una verdadera llaga se presentó á la vista de madama Dubarry. No era una llaga artificial, y por consiguiente no podía pasar de allí la diplomacia de madama de Bearn. Lívida y sanguinolenta, la quemadura hablaba elocuentemente. Madama de Bearn podía haber visto y reconocido á Chon ; pero entonces se elevaba á la altura de Porcia ó de Mucio Seevola.

Madama Dubarry calló y admiró.

La vieja, vuelta en sí, gozaba plenamente de su victoria ; sus ojos garzos estaban clavados en la condesa arrodillada á sus pies.

Madama Dubarry volvió á colocar el cabezal con esa delicada solicitud de las mujeres, cuya mano es

tan suave para los heridos, restableció sobre el alrohadón la pierna de la enferma, y sentándose á su lado :

— Vamos, señora, le dijo, sois aun más fuerte de lo que creía, y os pido perdón de no haber abordado desde luego la cuestión cual convenia á una señora de vuestra valía. Proponed las condiciones

Los ojos de la vieja brillaron, pero no fué más que un relámpago que al momento se apagó.

— Formulad claramente vuestro deseo, señora, dijo, y veré en qué puedo serviros.

— Quiero, dijo la condesa, ser presentada en Versalles por vos, señora, aunque haya de costaros una hora de los horribles dolores que habéis sufrido esta mañana.

Madama de Bearn escuchó sin pestañear.

— ¿ Y luego ? preguntó.

— Nada más, señora ; ahora, decid á vuestro turno.

— Yo querría, dijo madama de Bearn con una firmeza que no dejó la menor duda á la condesa de que se trataba con ella de potencia á potencia, querría tener garantidas las doscientas mil libras de mi pleito.

— Pero entonces, si ganáis vuestro pleito, eso hace cuatrocientas mil libras.

— No, porque yo considero como más las doscientas mil libras que me disputan los Saluces. Las otras doscientas mil serán una buena fortuna para añadir al honor que he tenido de conoceros.

— Tendréis esas doscientas mil libras, señora. ¿ Y después ?

— Tengo un hijo á quien amo con ternura, señora. Los de nuestra familia han sabido siempre ceñir con honor la espada, pero, nacidos para mandar, debéis comprender que hacemos unos soldados medianos. Necesito inmediatamente una compañía para mi hijo, con un despacho de coronel para el año próximo.

— ¿Y quién ha de costear los gastos del regimiento, señora?

— El rey. Bien comprendéis que si gasto en ese regimiento las doscientas mil libras de mi ganancia, me veré tan pobre mañana como le estoy ahora.

— En buena cuenta, eso hace seiscientos mil libras.

— Cuatrocientas mil, y eso suponiendo que el regimiento valga doscientas mil, que es ya valuarlo en mucho.

— Sea, seréis satisfecha en cuanto á eso.

— Tengo que pedir al rey la restitución de mi viñedo de Turena, compuesto de cuatro hermosas fanegas de tierra de que se me han apoderado los ingenieros del rey hace once años para el canal.

— Os las han pagado.

— Sí, pero á juicio de peritos; y yo las valuaré precisamente en el doble de lo que ellos las han tasado.

— ¡Bien! se os pagará otra vez. ¿Es todo?

— Perdón. No tengo fondos como debéis suponer, y debo á maese Flageot así como unas nueve mil libras.

— ¡Nueve mil libras!

— ¡Oh! eso es indispensable. Maese Flageot es un excelente abogado.

— Ya lo creo que lo es, dijo la condesa. Pagaré esas nueve mil libras de mi propio bolsillo. Espero que me hallaréis muy accesible.

— ¡Oh! sois perfecta, señora; pero, por mi parte, creo también haberos probado mis buenos deseos.

— ¡Si supierais cuánto siento que os hayáis quemado! dijo madama Dubarry sonriendo.

— Yo no lo siento, señora, respondió la pleitista, puesto que, á pesar de este accidente, espero que mi adhesión me dará fuerzas para seros útil como si no hubiera ocurrido.

— Resumamos, dijo madama Dubarry.

— Aguardad.

— ¿Habéis olvidado alguna cosa?

— Un pormenor.

— Decid.

— No podía prometerme el parecer delante de nuestro gran rey. ¡Ay! hace largo tiempo que dejaron de serme familiares Versalles y sus esplendores: de suerte que no tengo vestido.

— Ya había previsto yo el caso, señora; ayer, después que marchasteis, se principió vuestro traje de presentación, y he tenido cuidado de encargarlo á otra modista, y no á la mía, para no embarazarla. Mañana á las doce estará concluido.

— Tampoco tengo diamantes.

— Los señores Boehmer y Bossange os darán mañana, con una esquelita mía, un aderezo de doscientas diez mil libras, que os volverán á tomar pasado mañana por doscientas mil, y vuestra indemnización estará satisfecha.

— Muy bien, señora, nada más tengo que apetecer.

— Ya veis lo mucho que me alegro.

— ¿Pero el diploma de mi hijo?

— Se lo entregará el mismo rey.

— ¿Y la promesa de los gastos del regimiento?

— Constará en el diploma.

— Perfectamente.

— No queda más que la cuestión del viñedo.

— ¿En cuánto tasabais esas cuatro fanegas?

— En seis mil libras cada una, pues eran unas tierras excelentes.

— Voy á firmar una obligación de doce mil libras, que con las doce mil que ya habéis recibido, hacen justamente veinticuatro mil.

— Ahí tenéis el tintero, señora, dijo la condesa señalándolo con el dedo.

— Voy á tener el honor de dároslo, dijo madama Dubarry.

— ¿ Á mí ?

— Sí.

— ¿ Para qué ?

— Para que tengáis á bien escribir á S. M. el memorialito que tendré el honor de dictaros.

— Es justo, respondió madama de Bearn.

— Así tened á bien escribir, señora.....

La vieja acercó la mesa á su sillón, preparó el papel, tomó la pluma y aguardó.

Madama Dubarry dictó :

« Señor, la felicidad que experimento al ver aceptada por V. M. la oferta que he hecho de ser madrina de mi querida amiga la condesa Dubarry.....

La condesa alargó los labios y sacudió su pluma.

— Tenéis muy mala pluma, condesa, dijo la favorita, tomad otra.

— Es inútil, señora, ya se acostumbrará.

— ¿ Lo creéis ?

— Sí.

Madama Dubarry continuó :

» me anima á solicitar de V. M. tenga á bien mirarme con ojos favorables, mañana cuando me presente en Versalles, como os dignáis permitirlo. Me atrevo á creer, señor, que V. M. puede honrarme con una buena acogida, en atención á que pertenezco á una casa cuyos jefes todos han derramado su sangre en servicio de los príncipes de vuestra augusta raza. »

— Ahora, firmad si queréis.

Y la condesa firmó :

ANASTASIA-EUFEMIA-RODOLFA, CONDESA DE BEARN

La vieja escribía con mano firme; las letras, del tamaño de una pulgada, ocupaban todo el papel sembrándolo de una multitud aristocrática de faltas de ortografía.

Cuando acabó de firmar, la vieja, conservando en una mano el memorial que acababa de escribir, alargó con la otra el tintero, el papel y la pluma á madama Dubarry, la cual, con letra menuda y espinosa, firmó una obligación de veintium mil libras, doce mil para indemnizarla de su pérdida del viñedo, y nueve mil para pagar los honorarios de maese Flageot.

Luego escribió un billete á los señores Behmer y Bossange, diamantistas de la corona, rogándoles entregasen al portador el aderezo de diamantes llamado Luisa, porque procedía de la princesa tía del Delfín, quien lo había vendido para hacer limosnas.

Hecho esto, la madrina y la ahijada trocaron sus papeles.

— Ahora, dijo madama Dubarry, dadme una prueba de buena amistad, querida condesa.

— Con muchísimo gusto, señora.

— Estoy segura que si consentís en instalaros en mi casa, Tronchín os curará en menos de tres días. Venid, pues; al mismo tiempo ensayaréis mi aceite, que es un remedio soberano.

— Entrad en el coche, señora, respondió la prudente vieja, porque tengo que arreglar aquí algunos asuntos, antes de incorporarme á vos.

— ¿ Rehusáis mi oferta ?

— Al contrario, os declaro que la acepto, señora, pero no en este momento. Ya oís que está dando la una en el reloj de la Abadía; dejadme tres horas, y á las cinco en punto estaré en Luciennes.

— ¿ Permitís que á las tres venga mi hermano para llevaros en su carruaje ?

— Perfectamente.

— Ahora, cuidaos hasta entonces.

— No tengáis cuidado. Soy una hidalga, tenéis mi palabra, y aunque debiese costarme la vida, mañana os haré honor en Versalles.

— ¡ Hasta la vista, mi querida madrina !

— ¡ Hasta la vista, mi adorable ahijada !

Y se separaron así, la vieja siempre acostada, con una pierna sobre sus almohadones, y una mano sobre sus papeles.

Madama Dubarry, más ligera aun que á la llegada, pero con el corazón un tanto oprimido, por no haber sido la más fuerte con una vieja pleitista, ella que batía al rey de Francia á su antojo.

Al pasar por delante de la gran sala, percibió á Juan, quien, sin duda para no infundir sospechas con su prolongada estancia, acababa de atacar una segunda botella.

Al distinguir á su cuñada, saltó de la silla y corrió á ella.

— ¡ Y bien ! le dijo.

— Oye lo que dijo el mariscal de Sajonia á S. M. mostrándole el campo de batalla de Fontenoy :

« ¡ Señor, aprended por este espectáculo lo muy cara y dolorosa que es una victoria ! »

— ¿ Conque somos vencedores ? preguntó Juan.

— Oye aun otro dicho, aunque éste no proviene de la antigüedad : « ¡ Otra victoria como esta, y quedamos arruinados ! »

— ¿ Contamos con madrina ?

— ¡ Sí, solo que nos cuesta mas de un millón !

— ¡ Oh, oh ! exclamó Dubarry con un gesto espantoso.

— ¿ Qué quieres ? ; Ó tomar ó dejar !

— Pero eso es abominable.

— Es lo que es. Y ten aun cuidado con no amohinarte demasiado, porque muy bien podría suceder que, si no obras con prudencia, no tuviésemos nada ó que nos costase el doble.

— ¡ Rayo, qué mujer !

— Es una romana.

— Es una griega.

— ¡ No importa ! griega ó romana, estate pronto para tomarla á las tres y llevármela á Luciennes, porque no estaré tranquila mientras no la tenga bajo llave.

— No me moveré de aquí, dijo Juan.

— Y yo corro á prepararlo todo, dijo la condesa. Y lanzándose en su carroza :

— ¡ Á Luciennes, gritó. Mañana diré : ¡ á Marly !

— Es igual, dijo Juan siguiendo con la vista la carroza, ¡ muy caros costamos á la Francia !... Esto es lisonjero para los Dubarry.